

## TRES MIRADAS A LOS NOVENTA DESDE LOS NOVENTA\*

La Revolución cubana —es decir, el proyecto socialista nacido de la victoria de 1959— atraviesa en nuestros días por su momento más crítico, que a la vez está mostrando ser el de mayor profundidad reflexiva. El calificativo de “momento más crítico” lo hemos usado tantas veces que parecería ya un lugar común. Como si cada momento se nos antojara más crítico que el precedente. No excluyo que esto a veces responda a una cuota de intoxicación semántica, pero la recurrencia a esas palabras no se explica tampoco de manera tan simple. En esos términos extremos hemos designado, con buenas razones, a Girón y la “crisis de octubre” a principios de la década del sesenta, ante la amenaza de la invasión militar primero, y de la conflagración nuclear después.

Volvimos a hablar del “momento más crítico” para caracterizar la situación económica marcada por el fracaso de la zafra de los diez millones de toneladas de azúcar en 1970. Podría haberse dicho lo mismo, 16 años después, del corte de los créditos internacionales, verdadero bloqueo financiero oc-

\* Comentarios a los libros *Resistencia y libertad*; de Cintio Vitier, *En el horno de los noventa*, de Fernando Martínez Heredia, y *Mirar a Cuba*, de Rafael Hernández. Artículo publicado en la revista *Casa de las Américas*, no. 220, julio-septiembre, 2002.

cidental, si no hubiese sido porque al desintegrarse, pocos años más tarde, la Unión Soviética y el socialismo como sistema y potencia a nivel mundial, todos los reveses, locales y globales, que le precedieron quedaron subordinados a los efectos desbordantes de este derrumbe sin precedentes. Los cubanos entramos entonces al MOMENTO MÁS CRÍTICO con letras mayúsculas.

En términos escuetos la diferencia consiste —al menos así me la planteo yo— en que en todas las crisis anteriores prevaleció el peso de la coyuntura. Girón sólo podía definirse, como se definió, por una victoria militar. La “crisis de octubre” tenía que ser resuelta, en mejores o peores condiciones, por la vía de la negociación, y así lo fue. La bancarrota de la economía cubana, en la cual desembocaron los sesenta, hubiera parecido insoluble de no haber estado presente la opción de integrarse, en condiciones preferenciales (como ya lo estaban Viet Nam y Mongolia), al CAME. Opción que, dicho sea de paso, no se valoró antes probablemente para no asumir para el país los costos de un nuevo tipo de subalternación. Y que sólo se acudió a ella al hacerse imposible, en las condiciones de los años sesenta (incluida la presión del bloqueo norteamericano), una inserción independiente de Cuba en el orden mundial.

Pero casi al final del siglo xx, más allá de la coyuntura, la situación crítica desencadenada por el derrumbe toca a las estructuras socioeconómicas y al sistema social cubano en toda su complejidad. Sabemos que la economía cubana, cuyo crecimiento se había estancado prácticamente ya entre 1986 y 1989, sufrió de 1990 a 1993 la que puede considerarse como la más aguda caída que registra la historia reciente, con excepción de algunas provocadas por guerras prolongadas o de devastación.

De la década del noventa en Cuba hay que destacar la intensa dinámica de incidencias y de transformación que la caracteriza. El llamamiento al IV Congreso del Partido, que hoy

merece recordarse como un verdadero hito levantado a principios de 1990, dio lugar a un prolongado proceso de discusión, de extraordinaria extensión participativa. En la historia precedente del socialismo los congresos de los partidos nunca se convocaron así. Y es una pena que esta experiencia no haya quedado como tradición. El debate del llamamiento incidió definitivamente en los acuerdos del Congreso, que se celebró en octubre de 1991, y con posterioridad a este, y vinculado a sus resultados, en la Reforma Constitucional discutida y aprobada por la Asamblea Nacional del Poder Popular en 1992.

En su libro *Mirar a Cuba*,<sup>1</sup> Rafael Hernández, que se refiere al aquel debate como “el más democrático y amplio conocido en Cuba en las últimas décadas”, sintetiza con extrema claridad el alcance reformador que se dio en la institucionalidad política y jurídica, y de qué manera estos cambios prepararon el terreno para otras reformas económicas y supraestructurales, que alterarían el perfil del socialismo cubano. Digo “alterarían” con toda intención, para no aludir solamente a los efectos positivos sino también a los indeseables.

El análisis detenido de la Reforma Constitucional de 1992 —que se puede articular desde lo expuesto por Rafael en el ensayo “¿Hacia una nueva sociedad socialista?: cambios, crisis y configuraciones sociales en Cuba”— indica, de manera inequívoca, de una parte, el horizonte estructural abierto a la transformación económica, que está lejos de haber sido colmado con las reformas adoptadas hasta el presente. De otra parte, fija las fronteras que aseguran, desde la Ley Fundamental, que todo proceso reformador quede enmarcado dentro de una economía socializada, en la cual el Estado socialista retiene tanto el control como el papel de empresario en los sectores clave.

Se hace evidente hoy que sin este ajuste institucional —marco imprescindible para la renovación de la relación entre la

<sup>1</sup> Rafael Hernández: *Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil*, Letras Cubanas, La Habana, 1999.

sociedad política y la sociedad civil— era sumamente arriesgado avanzar en un proceso de reformas puntuales. Pero pienso que sería equivocado creer que al modificarse la Constitución estaban ya en la agenda los cambios que siguieron a partir de 1993. Todavía, para poner un ejemplo que no debe ser olvidado, en el IV Congreso del Partido se excluía con mucha fuerza —se demonizaba, de hecho— la reapertura de los mercados campesinos que habían sido creados y eliminados a principios de la década del ochenta. Las tensiones sociales generadas por la crisis condujeron, sin embargo, a que en 1994 —menos de tres años después del Congreso— se decidiera la creación de los mercados agropecuarios, una versión del antiguo mercado libre campesino más adaptada al nuevo proceso de reformas. O sea, que el peso de la coyuntura ha estado siempre presente, y que el proyecto, lejos de responder en su totalidad a un diseño preconcebido, se ha ido reconstruyendo día a día, dentro de las coordinadas institucionales políticas y jurídicas, y de la decisión de no sacrificar el rumbo socialista en el ajuste indispensable de caminos y plazos.

Sabemos que la caída económica fue contenida a partir de 1994, y que a lo largo de la segunda mitad de la década prevalece una reanimación que puede poner a la economía, si no es que la ha puesto ya, en un carril de recuperación. Aun así, es la marca de la retención de conquistas, de la magnitud del significado de la resistencia, y de regeneración de las posibilidades, lo que caracteriza verdaderamente al saldo de los años noventa. Y aun así sería demasiado optimista pensar que Cuba, su Revolución, no se halla ya dentro del “momento más crítico”, en el corazón mismo del desafío.

No obstante, basta este saldo, el que se constata a la altura del cambio de siglo, para argumentar de plano un descarte de la fórmula euro-oriental (si es que el abandono puede identificarse como fórmula), de transición capitalista, como respuesta a la crisis, y para ponderar a partir de la experiencia cubana las virtudes de la resistencia.

No ignoro que, como caracterización del escenario que nos ha tocado vivir (el “horno de los noventa” es una expresión acertada), lo que he expuesto hasta aquí es insuficiente, pero como preámbulo sería excesivo ir más lejos. Quizá sea excesivo ya. Porque este artículo no aspira a concentrarse en los hechos que trazan este segmento de historia revolucionaria, sino en las evaluaciones que está motivando en el seno la intelectualidad revolucionaria.

En el curso del segundo trimestre de este año vieron la luz tres libros que considero de un valor extraordinario. Por la calidad de los análisis pero además por la importancia que atribuyo al hecho de que en un lapso tan corto aparezcan tres piezas de reflexión tan significativas. Me refiero a *Resistencia y libertad*,<sup>2</sup> de Cintio Vitier; *En el horno de los noventa*,<sup>3</sup> de Fernando Martínez; y *Mirar a Cuba*, de Rafael Hernández.

En los tres casos se trata de recopilaciones de artículos y conferencias escritos en la década del noventa, pensando la década del noventa, mirada desde la individualidad de cada autor. Cintio, a través de la articulación martiana certera, indispensable, que impregna de singularidad a nuestra historia y a nuestro presente. Fernando, renovando la vindicación del extraordinario legado intelectual y moral de Ernesto Guevara, contemporáneo inmenso para Cuba y para América, cuya estatura definitiva quedó forjada por el crisol de la Revolución cubana. Rafael, posando la mirada en la renovación y expansión de la sociedad civil y la problematización implícita en estos cambios.

Todos ponen de relieve la fecundidad de la ensayística comprometida y lúcida, valiente y sensata, madurada y crítica en su sentido más recto, de un pensamiento que ni claudica ni se estanca.

<sup>2</sup> Cintio Vitier: *Resistencia y libertad*, Ediciones Unión, La Habana, 1999.

<sup>3</sup> Fernando Martínez: *En el horno de los noventa*, Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 1999.

El libro de Cintio lo integran nueve trabajos escritos entre 1991 y 1994, y el de Rafael seis textos elaborados entre 1993 y 1999. Fernando recopila, en un volumen más extenso, una producción de 21 títulos que abarca de 1989 a 1999. Casi todos ellos publicados en su momento, en Cuba o en el extranjero, pero valorizados ahora, gracias a la feliz iniciativa de reunirlos, que sin duda los hará trascender, con mayor peso, en el tiempo.

Se adentran con mucho vuelo estos ensayos en el tema de los noventa, el del “momento más crítico”, que es el terreno bajo sus pies, el pan de cada día, el teatro de las ansiedades, de la creatividad y de la esperanza. Inspirados e inspiradores, por la autenticidad personalizada de cada mirada. En estas obras el sentido de militancia, la actualidad, la profundidad, la sinceridad, la originalidad de pensamiento y la buena pluma hacen un denominador común.

Reseñar una a una las 37 piezas de esta colección está fuera de mis propósitos: le tocará al lector descubrirlas, que seguramente va a ser también descubrirse en ellas. Ese es su privilegio. Yo, que había leído muchas de ellas y ahora las he releído con la misma satisfacción, me voy a limitar a extraer, como incitación, algunos pasajes que me motivan particularmente. Como fueron expuestos en unos casos, añadiendo en otros una que otra acotación de mi cosecha.

Por inclinación o por hábito —no lo sé— trato siempre de hurgar en lo polémico. Aunque confieso que a veces me equivoco y descubro al final que lo que creo polémico ya no lo es. Puede ser parte también de este dinamismo social que a veces subestimamos.

Quiero empezar por decir algunas cosas de *Resistencia y libertad*, cuyo propósito como compilación define el propio autor desde su breve nota introductoria: “Ser testimonio cubano de la creciente agonía mundial de estos años noventa”. Lacónico y revelador: es el mundo, no Cuba solitaria, que agoniza.

Comienzo con Cintio porque, de los tres, es quien encarna eso que los anglosajones llaman *seniority* y que en rigor de-

nota algo que no puede expresarse sólo como antigüedad o precedencia. No es posible, en su caso, menos que reconocerle la mentoría de los que hoy, tras él y tras otros, y junto a ellos, intentamos mantener también la actualidad de la ensayística de entre las arideces en las que nos suele sumir el conocimiento positivo, arideces recibidas tanto del marxismo doctrinal como de la empiria predominante en Occidente. Y agradecer la renovada juventud de sus propuestas.

El texto que da título al libro, da también unidad a un conjunto que recorre de Fray Bartolomé de las Casas a la identidad latinoamericana, o a la utopía, pasando necesariamente por el Apóstol, como lo bautizaran, antes que cualquier otro, en su tiempo, los obreros cubanos y puertorriqueños de Tampa y Cayo Hueso. Martí citado pero también convocado sin citas, como debiera ser y muchas veces no es, con una presencia que no requiera anunciarse cada vez. No es difícil percibir en este artículo de Cintio, y en el libro en su conjunto, la proximidad y la continuidad vital de *Ese sol del mundo moral*, escrito en los albores años setenta para todos los tiempos.

*Resistencia y libertad* consiste en cinco notas, con todo el potencial de condensación de la buena síntesis. Las refiero todas porque en ellas está la clave de lo que el libro dice y también de mucho de lo que queda por decir. A lo que, sin duda, nos convoca.

La primera nos señala, simplemente, el “dilema conceptual: o somos independientes o no somos”. La independencia no la aprendimos los cubanos desde Europa, sino que “la cultura hispanoamericana, por su mismo origen antimperialista, es estructuralmente revolucionaria”. No hizo ni hace falta ser aleccionados como intelectuales comprometidos.

La segunda nota nos pone de golpe en la realidad cubana, la de nuestro tiempo, en la cual “cada paso que damos tiene que ser contra una hostilidad y a favor de nuestra resistencia”; y observa, agudamente, que “el hábito de resistir al Imperio tiende a mantenernos firmes, pero inmóviles, hipnotizados por la resistencia. Convertir la resistencia en una

nueva libertad es el desafío que se nos viene encima”. Aclara, a continuación que “si la liberación es ya entre nosotros un hecho histórico y político, la libertad no es nunca, ni aquí ni en ninguna parte un hecho consumado, es algo que tiene que conquistarse o superarse diariamente [...]”

En Cuba, a diferencia de lo ocurrido en otras latitudes —nos indica la tercera nota, dirigida ya a la esencia del pensamiento revolucionario—, el derrumbe socialista del Este no dio lugar al vacío ideológico esperado desde el exterior, a pesar de la crudeza de los efectos y la incertidumbre y complejidad de las respuestas que ha motivado. Explica esta fortaleza un rasgo formativo central.

Desde la primera generación de marxistas cubanos, la de los años veinte, estuvo claro que la tradición nacional, culminante en Martí, no podía ser subsidiaria de la nueva ideología, sino al revés. Curiosamente es esta jerarquización la que explica, en el ámbito de nuestra cultura popular, que los valores ideológicos del socialismo no hayan sido arrastrados por el desplome de la mencionada alianza [...] La defensa del socialismo, así, ha podido formularse como la defensa misma de la Patria [...] Un proyecto en el que se acumulan todos los esfuerzos fallidos anteriores.

La Patria asimila el acierto y el error, el éxito y el revés; defendiendo la Patria se defiende todo. Si no se le defiende, nada hay que defender.

Se vuelve a plantear hoy, en un nuevo escenario, la problemática del 98; afirma en la cuarta nota: “el imperialismo, naciente entonces, hoy es hegemónico, el independentismo, aplastado entonces, es hoy irreductible, el eterno reformismo intenta volver por sus fueros y el anexionismo por sus desafueros”. La fuerza de la Revolución es esencialmente espiritual.

Lo que ahora podemos ofrecer es, sobre todo, un ejemplo. No necesariamente el de Numancia; sí diariamente el de la dignidad, la risa y el ritmo en el peligro y en la escasez,



el del ánimo inventivo e industrioso, el de la imaginación imprevisible. Formas todas de la libertad [...].

En la quinta y última nota resume los grandes principios éticos martianos:

[...] el antimperialismo, la militancia con los pobres y oprimidos, la “República de trabajadores”, “el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás”. Con estos cinco principios —termina sancionando en forma casi apodíctica— basta para dar fundamento martiano a nuestro socialismo y a nuestra democracia.

Son cinco propuestas para la reflexión a largo plazo.

En el libro de Rafael Hernández, al cual creo podemos pasar ahora, el debate sobre la sociedad civil ocupa el centro de la compilación: “La sociedad civil y sus alrededores”, “Sociedad civil y política en los años 90”, y “¿Hacia una nueva sociedad socialista?: cambios, crisis y configuraciones sociales en Cuba”. Rafael es, sin duda, uno de los estudiosos que con más constancia y rigor se ha introducido durante los últimos años en el análisis de esta difícil temática, y de los que más ha aportado al debate con sus publicaciones y sus criterios. Además, no me canso de repetir que no recuerdo en el marco de las experiencias recientes de construcción socialista —ni en las que se desvanecieron ni en las que luchan por permanecer— un debate tan plural, y con argumentos tan sopesados, sobre conceptos tan polémicos, y de tanta trascendencia teórica, como el que se está dando en Cuba.

Sus trabajos no pretenden agotar el debate, que en Cuba y fuera de Cuba dista mucho de haber perdido actualidad. Se inscriben más bien en la vasta urgencia de revisión y renovación conceptual que nos impone con apremio la crisis de paradigmas que vive el mundo de hoy.

Objeta Rafael, por una parte, la satanización que sufrió el concepto desde el marxismo dogmático. Por otra se opone a los estereotipos de moda: la sociedad civil vista como una “es-

fera ideológica neutral, apartada de la política”, o como expresión de oposición al Estado, de desobediencia civil, de donde se alimenta la idea de que “sólo merece llamarse sociedad civil en Cuba a los llamados grupos de derechos humanos, organizaciones disidentes y la Iglesia católica”; esta última no por su naturaleza institucional (institucionalidad que da autenticidad a todas las organizaciones religiosas), sino por la medida en que su discurso social puede ser presentado como alternativo, y porque sus posiciones hacia la emigración y hacia el disenso interior (en la base misma de su proyecto de *reconciliación*) se alejan de las oficiales.

Puntualiza, contra la aplicación de los estereotipos, que “lo alternativo de ser oficialista no es ser disidente”, y muestra cómo las “dinámicas de integración y subdivisión de la disidencia cubana son ajenas a la institucionalidad y al consenso social”, por lo que tienen muy poco que ver con todo lo que, en rigor, podemos definir como la sociedad civil cubana actual.

En su artículo “Mirar a Cuba”, que da título al conjunto, reconoce que:

[...] las dificultades económicas y las presiones externas desfavorecen el proceso de cambios en la medida en que afectan el espacio de debate interno, limitan la descentralización y contribuyen a mantener el peso de la defensa. Los estilos democráticos no encuentran un clima propicio en las fortalezas sitiadas.

Y lo reitera en un ensayo posterior:

Las políticas de presiones externas han sido contraproducentes, en la medida en que han estimulado el conservadurismo en Cuba, y que han permitido que la resistencia a los cambios pueda apelar al argumento de que implementar políticas que se pudieran percibir como concesiones [...] debilitaría los intereses nacionales.

Es tal vez una de las razones de ser de las presiones externas: no fomentar la democracia (al contrario de lo que se

anuncia) sino impedir que se avance hacia ella, consolidar el unanimismo, provocar la hipnosis inmovilista en la resistencia e impedir que esta se pueda trocar en libertad (como pide Cintio), obligar a actuar *sine die* desde plaza sitiada y como plaza sitiada. En el fondo no debe ser poca cosa descubrir que es posible una democracia más plena que aquella que los adversarios del proyecto social cubano han tomado como bandera. En especial si esta democracia surge y florece al margen del juego político del multipartidismo.

Opina Rafael que:

[...] uno de los principales desafíos del PCC en los próximos años es el de convertirse realmente en el Partido de la nación cubana, dando cabida en su seno a distintas corrientes de pensamiento que reflejan el sentir del pueblo, sin perder por ello su fuerza, su unidad y su capacidad para dirigir el desarrollo del país y la preservación de la independencia y la soberanía nacional.

En otras palabras, demostrar que el pluralismo verdadero no depende de la pluralidad de partidos políticos, ni de un electoralismo construido sobre la competición partidaria.

La distancia puede hacerlo parecer algo utópico. Pero, en todo caso, como ha sugerido Cintio, el papel de la utopía “no es realizarse fácticamente deteniendo la historia, sino impulsándola *plus ultra*, siempre más allá de sí misma”.

*En el horno de los noventa*, de Fernando Martínez, el más extenso de los tres títulos, se nos presenta estructurado en cinco partes: 1) tres ensayos sobre América Latina, 2) cuatro sobre la Revolución cubana, 3) cuatro sobre el Che, 4) tres bajo el rubro de experiencias revolucionarias, y 5) siete bajo el de debates marxistas. Esta selección constituye un conjunto muy completo, una muestra feliz del pensamiento coherente del autor alrededor de un tema central: la Revolución de nuestro tiempo.

De modo que comenzar la publicación por los trabajos que enfocan el tiempo americano del final de siglo xx se revela

como una solución en extremo acertada, que aporta elementos indispensables para nuestra lectura de presente y nuestras propuestas de futuro. No incluye escrutinios aislados, de países particulares, pero muestra un dominio consistente del entorno continental en su totalidad. Suficiente para las agudas evaluaciones a que arriba.

Fernando nos recuerda, inicialmente, la existencia de “una inmensa cultura acumulada de rebeldías en América Latina, constituida por comportamientos, ideas y sentimientos resultantes de historias de resistencias, de luchas sociales y de grandes experiencias políticas”. De manera que las identidades en el continente están íntimamente relacionadas con resistencias y luchas, contra el poder colonial y el neocolonial, tesis que no es casual que observáramos también en Cintio.

Analiza las dinámicas políticas, económicas y sociales de la década final del siglo xx, y su sometimiento al capitalismo central, transnacionalizado. Merece atención su evaluación de la marea democratizadora, en la cual reconoce el lugar de las presiones de los movimientos sociales, pero sin ignorar “la tendencia a homologar idealmente los sistemas políticos de América Latina y sus referentes ideológicos a los de los países capitalistas desarrollados”. En especial, añadiría yo, al esquema presidencialista estadounidense, al margen de que las formaciones partidarias se aproximen en muchos casos a los modelos europeos (socialdemócratas y democristianos sobre todo).

Enumera en expresiva síntesis los “efectos monstruosos y contradictorios de la universalización capitalista en este continente”, como el crecimiento de la relación social y del producto cultural capitalista, y, “en ese mismo proceso, la gran pobreza en que transcurre la vida de las mayorías”.

En este contexto, que ha consumido ya demasiada tinta como para que su diagnóstico requiera de argumentos nuevos, Fernando subraya que “en la historia de las izquierdas del continente ha tenido un papel enorme la adecuación a la institucionalización de las clases dominantes, y ha habido

muchos casos de colaboración con sus regímenes”. Por lo que se hace urgente recuperar la memoria revolucionaria de las brumas del “nunca más”. Y nos advierte que “si creemos que los llamados subversivos eran bestias de izquierda, los mata-mos otra vez [...] un triunfo ideológico del capitalismo”.

Es algo muy oportuno en una época en la cual se intenta cuando menos relegar al pasado cualquier atribución de sentido al concepto de “subversión”. Pero echar la suerte con los pobres de la tierra, como proclamara Martí, no significa sumirse en la pobreza, sino darlo todo, hasta la vida por erradicar la pobreza. Estar en disposición de morir, pero al propio tiempo en disposición de matar, que puede ser incluso más duro, por complejo, que morir, para el hombre de responsabilidad y sentimientos. Las dos actitudes son indisolubles como valor, y hay que desconfiar de quien titubee para dar la vida como del que asume matar con facilidad. Martí salió en Dos Ríos a matar o morir, por los pobres de la tierra, y no veo el menor espacio para la hipótesis del suicidio que ha aparecido en los últimos tiempos. Es incluso muy poco seria.

El horizonte de las alternativas del futuro de la América nuestra, no deja espacio a dudas para Fernando.

Los proyectos latinoamericanos atinados, viables, atractivos y eficaces tendrán que ser socialistas. Por eso es necesario lograr reformulaciones del socialismo que contribuyan a superar sus insuficiencias, a enfrentar los críticos problemas creados en el curso histórico de sus prácticas y la centralidad de la lucha contra la cultura capitalista dominante [...] El socialismo tiene que resurgir, ahora como creación social, y eso exige proyectos políticos que reconozcan y auspicien el papel creciente de los movimientos sociales en todo el proceso, incluida la actividad política misma.

La comprensión de la problemática latinoamericana está estrechamente enlazada, en el pensamiento de Fernando Martínez, con su comprensión del proceso de construcción

social nacido de la Revolución de 1959 en nuestro suelo. Esto lo podemos verificar enseguida en los ensayos sobre la Revolución cubana, que hacen la segunda sección del libro, y que, a juicio mío, son los que terminan por sellar su vinculación con los otros dos libros reseñados.

En el ensayo que da nombre al libro, que parecería escogido en las tres obras con acierto análogo, Fernando nos recuerda que en Cuba “lo nacional está ligado al colonialismo y al neocolonialismo, esto es, a las formas principales de mundialización del capitalismo”. “En Cuba” afirma en otro de sus trabajos, “la nación ha tenido que ser, en los hechos, cuestión de independencia y de liberación”. Por esta razón esencial “la nación resulta una esperanza o un anhelo, un asunto molesto que se abandona, una agonía y una lucha, una manipulación, un triunfo exaltado y unos límites de acero”. Esto no es sólo poesía, aunque así también debe serlo. Significa que “la nación es instancia ‘de todos’, porque a muchos efectos todos somos ‘negros’ o algo inferior ante lo extranjero [...] aun aquellos que perciben como ‘negros’ a sus paisanos”

Permítaseme regresar por un instante, por aquello del “asunto molesto que se abandona”, y sobre todo por la “manipulación”, al libro de Cintio, especialmente a “Martí en la hora actual de Cuba”, conferencia pronunciada en el marco mismo de la llamada “crisis de los balseros” de 1994, para penetrar desde la crítica valiente y militante en el laberinto del fracaso.

La Revolución no puede conformarse —apunta el autor— con decir que los que se lanzan al mar en embarcaciones frágiles y arriesgan las vidas de sus niños y ancianos son delincuentes, son irresponsables, son antisociales. En todo caso son nuestros delincuentes, nuestros irresponsables, nuestros antisociales. La Revolución también se hizo y se hace para ellos, no puede admitir que sigan siendo subproductos suyos.

Retomo ahora la obra de Fernando, donde critica duramente la uniformación del pensamiento que siguió a los años sesenta —creador de muchos esquemas que en unos casos se

han mantenido inmóviles, en otros pugnan por volver a implantarse—, cuando, sin rodeos, resume que:

[...] en los años 70 se abrió paso una segunda etapa del proceso de transición socialista, muy contradictoria, [...] teatro de extraordinarios logros, y también de deformaciones, detenciones y retrocesos. En ese tiempo marcharon juntos el consenso de la mayoría, legitimador del régimen de la revolución verdadera, y la ideología del régimen burocratizado, autoritaria e invasora de todos los espacios.

Más adelante concluye que:

[...] el sistema reductor y empobrecedor de las iniciativas sociales que ocupó tanto terreno en las dos décadas pasadas se ha desgarrado y le será imposible mantenerse. Como es obvio, el tejido social cubano siempre fue complejo. Lo que caracteriza a la actualidad es que: 1) ese tejido se complejiza y diversifica cada vez más y con celeridad, 2) la diversidad social se despliega frente al ideal de homogeneidad que reinó durante décadas, y 3) esas formas de organización social tienen nuevos efectos y mayor incidencia en la totalidad social.

A mi juicio, el dilema principal para el autor consiste, sin embargo, en que las capacidades de resistencia (ante los efectos de la desconexión y el hostigamiento exterior, y las contracciones e incertidumbre generadas por la crisis), y de rectificación (de las proyecciones, estrategias y políticas diseñadas a partir de los modelos importados que precedieron a los noventa) tampoco constituyen un punto final. Se presentan más bien como un punto de concentración para otra batalla. El orden capitalista ha conseguido implantar “una instancia decisiva de *homogeneización*”. La propia, distinta de la del socialismo mal llamado “real”, no sólo en proyección, sino también en medios y métodos. Aquella se basaba en el adoctrinamiento de ideologemas, esta se asienta en la

aplicación liberal desenfrenada de la tecnología de las comunicaciones. Y “restablece a nivel ideal —asegura Fernando— la fractura cada vez más profunda existente entre la vida de las clases dominantes y medias de los países centrales y la de las mayorías en el resto del mundo”.

En “Sobre el discurso”, Rafael Hernández partía de alertar cómo “el reino supuestamente subjetivo del lenguaje encubre relaciones de poder. Por disparatado que sea el campo semántico de muchos vocablos, la lógica que los une expresa mediaciones sociales. La armadura aparentemente arbitraria del discurso se vuelve inteligible en cuanto refiere a un cierto ordenamiento de estas relaciones”.

Cuba no está exenta de la amenaza del mencionado “programa de dominación cultural” en pleno proceso de expansión, como anota Fernando. A pesar de haber quedado consagrada en estas cuatro décadas como “el mal ejemplo para América Latina, la venganza moral de los oprimidos, una prueba de que es posible vivir de otro modo”, o precisamente a causa de ello. Muy por el contrario, se encuentra en el epicentro de la esfera hacia la cual se dirige este despliegue, porque es muy difícil que el imperio norteamericano llegue a aceptar presencia tan incómoda.

Y la cultura enemiga no se nos viene encima como el retorno de un pasado cubano que fue abatido por la revolución, no es la antigua contrarrevolución. Viene como un ‘progreso’, un acomodo a nuevas circunstancias, una ‘necesidad’. Ese disfraz de futuro deseable o inevitable la torna más peligrosa.

Apunta a una confrontación mucho más difícil, sobre todo si no se le entiende a fondo. Otra cosa sería demasiado simple.

Para dar consistencia al enfrentamiento de la problemática actual, no valen fórmulas que otrora creyéramos incuestionables. Fernando, que sabemos que lo ha estudiado a fondo, con veneración y con rigor, afirma que “el Che nos propone hoy valores más que cualquier otra cosa. Ética, entu-



siasmo, mística, consecuencia, correspondencia entre los dichos y los hechos, son sus reclamos”.

Cintio previene de no convertir a Martí “en una asignatura que hay que aprobar, en un ‘teque’ que hay que soportar, en un sonsonete que hay que recitar”. Y ya casi en las últimas líneas de su libro admite que:

[...] estamos en el momento más difícil de nuestra historia, cuando los caminos de la salvación se revelan llenos de peligro, cuando la lucidez le disputa al coraje la primera línea de defensa. Lucidez y coraje —afirma— tienen que unirse con aquella imaginación que Martí llamara “hermana del corazón”.

Ya dije que no era mi propósito, posibilidad, ni intención agotar las obras en este comentario. Así que me limito a ponerle punto final con la reiteración del juicio con el cual comencé: estamos ante una muestra contundente de vitalidad de la ensayística en el análisis de la Revolución, ajena al inmovilismo o a la apologética tanto como a la superficialidad o la claudicación, abierta sin reticencia en cuanto merece la apertura, lúcida, libre y comprometida, a la vez. Y a lo único que aspiro es a haberlo expresado en estas líneas, y a motivar su estudio y su conservación. En especial entre los universitarios de hoy, que tendrán que correr con la carga, la responsabilidad, y el honor de encontrar los caminos mejores para la Patria.